

# ***El pabellón de los talismanes. Deseos para una nieta virtual***

Dolores ALEIXANDRE RSCJ

El título me ha surgido al enterarme de que en el Forum de Barcelona ha habido un espacio en el que se invitaba a los visitantes a colgar del techo un talismán que expresara alguno de sus deseos. No estoy segura de que se llamara exactamente así, pero en todo caso me ofrece un «techo» donde colgar mis propios deseos para que esa nieta, que evidentemente no tengo (de ahí lo de *virtual*), pueda tener acceso a ese ámbito que evoca este número de *Sal Terrae*: el del símbolo, el misterio y la reverencia.

Y lo que deseo para ella lo deseo también para sus padres, primos, tíos, amigos y demás parientes, y también para mí misma, porque esto de vivir abiertos a lo que nos trasciende es un aprendizaje que dura toda la vida.

Siguiendo la tradición –antes muy extendida y no del todo desaparecida, gracias a las abuelas– de proveer a la criatura que nace de medallas, escapularios o «detentes» y de ponerla bajo la protección del Ángel de la Guarda, se me ha ocurrido poner a mi *nieta virtual* bajo el patrocinio de unos cuantos «ángeles bíblicos» para que ejerzan sobre ella su especial custodia. Falta le va a hacer ser protegida y defendida por ellos de la vertiginosa insipidez reinante que hace tan difícil en nuestra cultura la percepción, no sólo de la trascendencia, sino hasta de la profundidad espiritual de la existencia.

Aquí los presento:

*Raquel, la insatisfecha*

*Jeremías, el espabilado*

*Eleazar, el de los guiños*

*Moisés, el montañero*

*Noé, el independiente*

*Jacob, el cojo*

*María de Nazaret, la conectada*

Los he enunciado seguidos para que, si a alguien le parecen irrespetuosos, se abstenga de seguir leyendo y se pase al siguiente artículo del número. Pero no sin antes oír que la autora de estas páginas siente un enorme respeto y veneración por cada uno y está convencida de que sus historias pueden ejercer de precioso «talisman» protector ante los poderes maléficos que nos amenazan. Como no voy a pretender que mi nieta se ponga a leer la Biblia «a pelo», iré contándole sus historias en forma de narración y «reflexionando» en alto acerca de mis deseos, intentando que saque algún provecho.

## **Raquel, la insatisfecha**

Una mujer fascinante, Raquel. El narrador la hace entrar en escena con su cántaro a la cintura y su rebaño de ovejas, cimbreante y guapísima. No es de extrañar que Jacob se quedara flechado por ella y que desde ese momento se le fuera detrás embobado, como una oveja más. A lo largo del relato de su relación (no te la pierdas: está en Gn 29-35), se tiene siempre la impresión de que él está más enamorado de Raquel que a la inversa, y que ella es una perpetua insatisfecha: no tiene hijos (¡eso era terrible en aquel tiempo!), y no le basta saberse tan querida por su marido y descaradamente preferida a su hermana Lía, que también era esposa de Jacob (eso te lo explico en otro momento...). Cuando, por fin, se queda embarazada y tiene un hijo, le pone un nombre extraño: José, que en hebreo significa: «que el Señor me añada (otro hijo)». Así que el pobre José debió de crecer con la sensación de estar incompleto, de «no ser bastante», de tener que estar pendiente de que llegara otro hermano (varoncito, por supuesto; de Dina, la única hija de Jacob, ni siquiera se molesta Lía en buscar el sentido de su nombre, a diferencia del de sus hermanos...). La llegada del esperado Benjamín no te la cuento ahora, porque es muy triste, y adonde quiero ir es a la insatisfacción de Raquel, a esa negativa existencial suya a conformarse, a instalarse, a dejar de desear algo más. Fue una mujer empeñada en generar vida y llegó a formularse a Jacob de una manera dramática: «*¡Dame hijos o me muero!*» (Gn 30,1).

¿Quién le iba a decir a Raquel que estaba siguiendo las huellas de «Luci», la *australopiteco piticino* del Neanderthal? «Luci» fue una mujer de trascendencia: dejó las selvas de África y echó a andar por la árida sabana; pero, como aquello estaba muy seco, tuvo que desarrollar el cerebro para sobrevivir. Lo cuenta Leonardo Boff, que concluye: «Así pues, el páramo, la sabana y el desierto son la patria de la hu-

manidad, de la trascendencia. Nos vimos obligados a trascender los límites impuestos por el medio para poder vivir. La trascendencia es fundamentalmente esa capacidad de infringir todos los límites, de superar y violar las prohibiciones y de proyectarse siempre en un más allá»<sup>(1)</sup>

¡Qué dos buenos modelos, Luci y Raquel, a la hora de mantenerte en búsqueda, sin quedarte satisfecha sólo con conocer el funcionamiento de las cosas y su «para qué». No te canses nunca de hacerte preguntas sobre su «por qué», no te quedes atrapada en lo inmediato, lo relativo y lo pasajero, en la apariencia de las cosas, en lo puntual y reemplazable, en la eficacia inmediata.

Porque como la razón instrumental y el universo técnico se hagan dueños de tu visión de la realidad, tu vida se quedará fragmentada y chata, se ahogará lo mejor de tu inquietud y de tus deseos y, cuando quieras darte cuenta, estarás retrocediendo –Dios no lo permita– al «estado de primate» en el planeta de los simios.

## Jeremías, el espabilado

No es el sobrenombre habitual de Jeremías, que más bien suele aparecer como «addolorato», que dirían los italianos, irremediablemente asociado a lamentaciones, lloros y quejidos. En cambio, se recuerda menos su astucia y espabilamiento más que notables, que le permitieron no dejarse engañar por las pretensiones y ofertas de sacralidad vigentes en su tiempo. Frente al culto fastuoso que se centralizaba en el Templo, algo le decía por dentro que aquello tenía muy poco que ver con un Dios que a él se le revelaba como apasionado por las personas y no por el humo apestoso de la grasa de los sacrificios. Un Dios que llevaba grabados en las palmas de sus manos los nombres de los emigrantes, los huérfanos y las viudas, y no el registro de la pureza o impureza ritual de los que venían a visitarle. Así que Jeremías, por orden del Señor, se plantó delante del Templo y se puso a dar voces y a decir algo parecido a esto: «¡Habitantes de Jerusalén, menos ofrendas y más justicia; menos trasiego de sacrificios y más preocupación por dónde dormirán los pobres! ¡Ya está bien de tantas postraciones compatibles con la explotación de los débiles! Os aseguro de parte del Señor que, mientras le busquéis así, no encontraréis más que el vacío de su ausencia, porque Él se ha domiciliado en otra parte, en esos márgenes de la ciudad donde habitan los que habéis arruinado a golpes de incensario».

Y no es que Jeremías, como tampoco los demás profetas, hiciera una enmienda la totalidad del culto (como tú cuando te niegas en redondo y «por principio» a ir a misa). Ellos sabían bien, como después el propio Jesús, que hace falta preservar y cuidar espacios y tiempos en los que expresar las dimensiones profundas de la existencia y del encuentro con Dios. Lo mismo que Jeremías, Jesús se enfrentará con la pretensión de los que en su tiempo hacían del culto un instrumento de utilización de Dios. Estaba convencido de que la relación con Dios abarca la vida entera y no sólo algunos momentos separados de lo cotidiano, porque la persona es el primer espacio sagrado, el lugar privilegiado para «dar gloria» a Dios, y por eso hay que reconciliarse con el hermano antes de ir a rezar.

Lo que ocurre es que es imposible vivir sin ciertos «rituales» que nos ayuden a reavivar la conciencia de la presencia de Dios en el corazón de nuestra existencia. Por eso Jesús tenía su propio «ritual de oración» para ahondar su relación con el Padre en las noches o en las madrugadas que dedicaba a orar, y acudió a un gesto sencillo pero cargado de sentido: partir el pan y pasar la copa de vino en la cena de su despedida.

Fíjate en la cantidad de «rituales de bolsillo» que aparecen por todas partes: los conciertos de los famosos, los partidos de fútbol, las vacaciones, la movida de los viernes por la noche o la compra de una determinada marca de coche. Para unos es un rito dominical hacer *footing* en chándal hasta el kiosko para comprar *El País*, y para otros tomarse un vermut o comprar pasteles a la salida de misa de 12. Las series televisivas tienen mucho de ritual: mantienen una estructura narrativa regular, así como personajes-prototipos, modelos y conductas que se repiten, junto con variaciones siempre renovadas para asegurar la audiencia<sup>2</sup>.

Pero más temible que todo eso son los intentos de sacralización y el abuso de la terminología de lo «sagrado» y derivados dentro del catolicismo: ministros «sagrados», poder «sagrado», «sagradas» congregaciones, «sacrosanta» liturgia, orden «sagrado»... Me gustaría engañarme y que se tratara de una terminología neutra, pero tiene todo el aspecto de estar escondiendo ambición de poder y la pretensión de convertir a la categoría clerical en algo superior e intangible, por encima de los demás bautizados<sup>3</sup>.

Y para no quedarse atrás, aparece la «New Age» o el negocio de la «espiritualidad», término que el diccionario de María Moliner define como «cualidad de lo espiritual», o sea, como opuesta a lo material y

lo temporal. Pero como no existen «almas», sino personas, la vida de Dios se nos comunica contando con nuestra materialidad y temporalidad, y por eso no podemos hablar de «espiritualidad» dejando de lado lo corporal, lo social, lo político o lo económico. Así que, ¡jojo cuando quieran venderte «lo espiritual» como una escapatoria intimista y vaporosa, como un lujo para gente con posibles que no tiene que cumplir con el agobio de un horario y de un contrato laboral!

Ese planteamiento haría bramar a Jeremías y, si viviera, nos daría voces para recordarnos que el encuentro con Dios no se da en espacios etéreos separados de la vida real y cotidiana, de las cosas que todos, y no solamente unos pocos, tenemos entre manos.

### **Eleazar, el de los guiños**

Antes de hablarte de él, escucha estas palabras estremecedoras de Ernesto Sábato: *«Sí escribo esto sobre todo para los adolescentes y jóvenes, pero también para los que, como yo, se acercan a la muerte y se preguntan para qué y por qué hemos vivido y aguantado, soñado, escrito, pintado o, simplemente, esterillado sillas. De este modo, entre negativas a escribir estas páginas finales, lo estoy haciendo cuando mi yo más profundo, el más misterioso e irracional, me inclina a hacerlo. Quizá ayude a encontrar un sentido de trascendencia en este mundo plagado de horrores, de traiciones, de envidias; desamparos, torturas y genocidios. Pero también de pájaros que levantan mi ánimo cuando oigo sus cantos, al amanecer; o cuando mi vieja gatita viene a recostarse sobre mis rodillas; o cuando veo el color de las flores, a veces tan minúsculas que hay que observarlas desde muy cerca. Modestísimos mensajes que la Divinidad nos da de su existencia. Y no sólo a través de las inocentes criaturas de la naturaleza, sino también encarnada en esos héroes anónimos como aquel pobre hombre que, en el incendio de una villa miseria, tres veces entró a una casilla de chapas donde habían quedado encerrados unos chiquitos –que los padres habían dejado para ir a su trabajo– hasta morir en el último intento. Mostrándonos que no todo es miserable, sórdido y sucio en esta vida, y que ese pobre ser anónimo, al igual que esas florcitas, es una prueba de lo Absoluto»*<sup>4</sup>.

Algo así le pasó al siervo más viejo de Abraham cuando éste le envió a su tierra de origen para buscar mujer para su hijo Isaac. A Eleazar debía de agobiarle bastante el no saber acertar con la chica adecuada, y por eso pidió a Dios que le diera alguna señal, que le hiciera algún «guiño» para indicarle cuál de ellas era la que debía elegir (lo cuenta Gn 24 en una preciosa narración que acaba en otro enamoramiento súbito entre Isaac y Rebeca. Tan súbito que inmediatamente él la introduce en su tienda, ya te imaginas para qué. Y pensar que os reprochamos tanto a los jóvenes la inmediatez de vuestras relaciones...).

Y es que Eleazar estaba convencido, como todos los verdaderos creyentes, de que Dios no está mudo, sino que «da señales de vida» y se comunica con quienes viven dispuestos a asomarse por las ventanas que se abren sobre el secreto de la vida: entrar en una iglesia románica; admirar la energía vital de un discapacitado en los Juegos Paralímpicos; presenciar una puesta de sol espectacular o la belleza de los fondos marinos; escuchar historias de vida de hombres o mujeres que son un milagro de resistencia y de ánimo en medio de dificultades inimaginables; vivir intensamente situaciones como el nacimiento y la muerte, las crisis, una enfermedad grave, el matrimonio o el fracaso de una relación o de un proyecto...: todo ello tiene una inmensa capacidad de «guiño» que nos permite descubrir la huella de algo/alguien que nos sobrepasa y que los creyentes llamamos «Dios». En esos momentos la trivialidad que nos servía de defensa se derrite, y nos es posible «tocar» otros niveles más hondos y más verdaderos de nuestra persona que antes ni sospechábamos poseer.

Pero para escuchar eso que algunos han llamado «rumor de ángeles» y que ha transformado su vivir en algo mucho más auténtico y apasionante, no vas a tener más remedio que arriesgarte a superar el miedo al «vacío acústico» y hacer la experiencia de que la soledad y el silencio ni muerden ni dan calambre, sino que son puertas que abren al esplendor de una vida humana más verdadera.

Mi deseo es que te acostumbres a caminar dirigiendo de vez en cuando tu mirada hacia el misterio que está sobre ti, sobre todos nosotros. Por eso son tan importantes esos tiempos de silencio y de habitar contigo misma «en la noche» para poder detectar «guiños», esos pequeños sms que Dios hace llegar a tu móvil vital. Querría que encontraras siempre sobre ti rendijas abiertas por las que pudieras asomarte al asombro y a la admiración, y que siguieras siempre haciéndote preguntas, sin pensar que todo es sencillo, que todo está explicado y que todo es explicable.

### **Moisés, el montañero**

Entre otras muchas cosas que la Biblia cuenta de este personaje gigantesco, hay una de la que nunca se habla, y es su ejercicio constante de subir y bajar del Sinaí. A cada paso le vemos subiendo al monte para

encontrarse con Dios (que casi siempre llega envuelto en una nube: Ex 34...), y bajando del monte para encontrarse con los israelitas, que, mientras tanto, han aprovechado su ausencia para montar su peculiar macrofiesta (Ex 32,1-14).

Te aseguro que, cuando vi desde abajo el monte Sinaí (tardé después tres horas largas en subir de noche a su cumbre para ver amanecer desde arriba), creció infinitamente mi admiración por aquel «hombre lanzadera», que se pasó la vida tejiendo relación entre Dios y su pueblo, inasequible al desaliento y al cansancio.

Me he acordado de lo que Susana Tamaro llama el «aplayamiento de la montaña» y el rechazo de todo lo que produce fatiga como una de las características de nuestra cultura. Pero, junto a eso, me sobrecogen las dosis increíbles de esfuerzo, constancia, renunciaciones, «transpiración» y dinero invertidos por muchas adolescentes en conseguir una figura ideal (talla de casi anoréxicas...), como también su asombrosa capacidad de resistencia a la hora de pasar una noche en la calle con tal de asistir al concierto del Alejandro Sanz de turno... Por eso pienso que la «capacidad de fatiga», de eso que antes llamábamos «disciplina» o «ascesis», sigue viva en vosotros, y que bastaría con ayudaros a descubrir que la propuesta del Evangelio es apasionante, que la «figura» que modela resulta espectacular, y que la «música» con la que nos invita a danzar compensa todos los esfuerzos por conseguir entrada.

Te entiendo muy bien cuando dices que detestas ese discurso rancio de «lo permitido» y «lo prohibido»; no me parece un buen lenguaje, sobre todo porque es ajeno al espíritu del Evangelio, que jamás presenta el seguir a Jesús como un mero cumplimiento de normas, sino como el descubrimiento de un tesoro escondido en un campo, tan fabuloso que el que lo encuentra se llena de alegría y comete el desvarío insensato de tirar por la ventana todo lo demás (Mt 13,44).

Ojalá que la vida te ponga en trance de hacer la experiencia de esa «chispa de locura...».

### **Jacob, el cojo**

Ya te hablé antes del que fue marido de Raquel, pero no te conté la escena bíblica en la que se narra una lucha que mantuvo de noche junto a un río con un personaje misterioso que no se sabe bien si era un ángel o Dios mismo (Gn 32). Lucharon en la oscuridad, y cuando se separaron al amanecer, Jacob estaba lesionado en una pierna, y desde entonces cojeaba siempre al andar. Una experiencia de límite se había instalado en su corporalidad, y tuvo que convivir con ella hasta su muerte.

¿No te llama la atención el rechazo que existe a tu alrededor a todo lo que suene a limitación, carencia, disminución o defecto físico? Una treintañera amiga me hablaba de la exigencia que pesaba sobre las de su edad de rendir al máximo en el trabajo, mantenerse en forma, llegar a todo, entender de todo y estar siempre «guay» y dispuestas a pasarse la noche del viernes bailando sin descanso en una discoteca. «Y no se te ocurra decir que estás cansada, harta o estresada porque eso “no se lleva”; y si hay que ponerse a punto, para eso está una *rayita* a tiempo...».

Lo que ocurre es que la vida contradice tercamente este código de triunfadores, y es impensable una trayectoria vital en la que no hagan su aparición los límites, las crisis o los conflictos. Y, mira por dónde, es precisamente ahí cuando emerge casi siempre lo mejor de la persona: su capacidad secreta de resistencia, de valor y de energía para llevar a adelante su «cojera». «Ser creyente es afrontar animosamente la vida», decía un famoso teólogo, Karl Rahner; y esa ampliación del ámbito de la fe nos hace descubrir la cantidad de verdaderos creyentes que pueblan el mundo.

Resulta que las experiencias de límite y los momentos inesperados en que somos visitados por el sufrimiento en cualquiera de sus formas (la enfermedad, el fracaso, la pérdida, la ruptura...) pueden convertirse en la tierra sagrada en la que echan raíces nuestras mejores capacidades y en la que florecen posibilidades que habrían permanecido desconocidas para nosotros. En cuanto entras en relación profunda con alguien, te das cuenta de que cada persona es portadora de alguna herida que tiene nombres múltiples: carencia, decepción, falta de cariño... «La tierra de las lágrimas permanece en un lugar muy secreto», decía el Principito. Todos llevamos alguna de esas heridas ocultas, y una de las señales de crecimiento en madurez es aprender a sanarlas y a dejar que otros nos ayuden a ello.

Recuerdo que, cuando fuimos juntas a ver «El hombre que susurraba a los caballos», nos impresionó la historia de la chica que pierde una pierna en el accidente, y entendimos muy bien su primera etapa de rebeldía y dolor al verse tan limitada. Al salir, comentamos que el sufrimiento la había ayudado a madurar y a conseguir una personalidad más comprensiva y más confiada.

Los momentos de oscuridad o de crisis, o de darnos de bruces con nuestra fragilidad y nuestras carencias, son ocasiones incomparables de «trascendencia», sobre todo si se tiene la suerte de vivirlo acompañado por otra persona.

Una escena del Evangelio viene a decir esto de otra manera: un joven se acercó corriendo a Jesús, acuciado por una urgencia inaplazable, como si viera en él su último recurso para encontrar respuesta a la pregunta que estaba ansioso por resolver. No acudió a él como otros personajes oprimidos por la enfermedad, sino a partir de una inquietud interior: ¿qué tenía que hacer para vivir de verdad? No parecía preocuparle la vida terrena, porque era muy rico: él quería saber cómo poseer («heredar», «conseguir...») una «vida eterna», más allá de las limitaciones del tiempo, la fragilidad y la caducidad de las relaciones humanas, una vida plena, honda y desbordante.

Lo sorprendente de la respuesta de Jesús es que emplea sus mismos códigos de lenguaje, pero en otra dirección: no en la del *acrecentamiento, la posesión o la herencia*, sino en la de *la desapropiación, el desprendimiento, el vaciamiento y la entrega...* Eso es «*lo que le faltaba*». Algo así como si le dijera: «No es “poseyendo algo” como vas a encontrar la vida que andas buscando, sino precisamente al revés: es “lo que te falta” lo que abre en ti una brecha por la que puedes encontrarla si te introduces por ella...».

«El que nos habita en profundidad, acoge dolorosamente al hombre que queremos ser»<sup>5</sup>. Te puedo asegurar –palabra de abuela– que ese convencimiento es el que me permite ir tan contenta por la vida. Eso sí, cojeando bastante.

### **Noé, el independiente**

Según una narración del Génesis, el Señor dijo a Noé: «*Construye un arca. (...) Y Noé hizo lo que el Señor le había mandado*» (Gn 6,14.22).

A veces me he parado a pensar en el «impacto social» de su obediencia y a imaginar las burlas de sus vecinos cuando se dieron cuenta de que aquel armatoste de madera que se había puesto a construir estaba destinado nada menos que... ¡a flotar! Y Noé, entretanto, silencioso y tozudo, dando crédito al anuncio de un diluvio que se aproximaba, a pesar de vivir a cientos de leguas del mar y bajo un cielo sin rastro de nubes.

Ya sé que es echarle mucha imaginación a la escena, pero de todas maneras pienso que los que hoy vivimos la fe en medio de un mundo de increencia, tenemos algo de parecido con Noé, porque, lo mismo que él, necesitamos una obstinada decisión para empezar a vivir ya en la clave de lo que la Palabra nos anuncia y fiarnos del que la pronuncia, más allá de cualquier comprobación inmediata por nuestra parte. Pero para eso hace falta también una buena dosis de libertad y de independencia de la opinión dominante, y empeñarnos en ese aprendizaje vital, siempre inacabado, de llegar a ser alguien abierto y dialogante con todos, pero con la tranquila firmeza de quien no teme expresar sus convicciones, más allá de la aprobación o desaprobación ajena. No es un algo fácil de conseguir ni de encontrarle «el punto», porque se pueden rozar las posturas integristas de quienes se sienten en posesión absoluta de la verdad y defienden con soberbia y dureza las propias seguridades. Pero, por otro lado, si emprendes ese «itinerario espiritual», vas a necesitar mucho temple y mucha audacia, porque los que se deciden a sacudirse el conformismo y las explicaciones chatas sobre la vida son calificados con frecuencia de ridículos, en unos tiempos en que ni la inquietud ni las opciones contraculturales están de moda.

Se me ocurre que, mientras «te sacas el carnet» de conducir en esa dirección, podrías ir haciendo prácticas e ir volviéndote más crítica ante esa pretensión tonta (sí, sí, tonta...) de las «marcas» de otorgar un código de identidad y de reclamar adhesiones casi en claves bíblicas: «No tendrás otras deportivas distintas de mí»; «Los que me son fieles se convierten en raza elegida, en pueblo de reyes...». Buenísima costumbre la de reírte de sus pretensiones<sup>6</sup>.

¿Sabes cómo acaba la historia de Noé? Dios «inventa» el arco iris como señal de que no habrá más diluvios y como memorial de su amor hacia todos los seres vivientes. Cuando lo veas, acuérdate de que está ahí para alentar e iluminar la aventura de tu libertad...

### **María, la Conectada**

Así la presenta el Evangelio, en constante conexión con sus sentimientos y su interioridad: «*se alegra mi espíritu...*» (Lc 1,47), «*conservaba todo y le daba vueltas en su corazón...*» (Lc 2,14-20; 46-52). Preciosos, dentro de la sobriedad evangélica, estos indicadores de su capacidad de escuchar, reflexionar, elaborar sus propias emociones y vivir relacionando lo que escuchaba en su corazón con los datos que le

iba dando la realidad. «Nuestra Señora de la Santa Conexión», «Experta en Sabiduría», mujer contemplativa que supo acoger los aspectos oscuros y no inmediatamente inteligibles de su Hijo.

Lucas insiste varias veces en que ella «se turbó» (Lc 1,29), «se quedó desconcertada» (2,48) y «no comprendió» (2,50); y precisamente por eso, su actitud es la de meditar en su corazón el sentido de los acontecimientos (2,51) y vivir siempre acompañada por el rumor de un movimiento de dentro afuera y de fuera adentro, de ir confrontando interioridad y acontecimiento, de ir tejiendo calladamente la Palabra con la vida. En eso debió de consistir el trabajo de la fe que María, la creyente, fue realizando en el «laboratorio» de su corazón para unificar lo que conocía por la Palabra y la realidad que iba aconteciendo ante sus ojos.

Tengo la impresión de que el modelo cultural dominante tiende a crear sujetos-sonámbulos que van, vienen, hablan y hacen muchas cosas, persuadidos de que están huecos y necesitados, por tanto, de echar mano de «cerebros auxiliares» (*walkman*, juegos de ordenador, programas estúpidos de TV...), incapaces de saber lo que realmente los habita, miopes para admirar, amar o, simplemente, asombrarse. Pero si no estamos en contacto con los sentimientos y deseos que pueblan nuestro interior, ¿cómo podremos compartirlos con otras personas?; ¿cómo vamos a disfrutar de la riqueza de ese mundo de inquietudes, sueños, proyectos, preferencias, alegrías e ilusiones, si hemos perdido el camino que conduce a lo más verdadero y profundo de nosotros mismos?

El Evangelio nos hace ver de mil maneras la importancia de vivir en contacto con el propio adentro, porque sólo desde ahí es posible comenzar de nuevo y llegar a hacer verdaderas opciones. Un ejemplo: el punto de inflexión de la parábola del hijo pródigo (del padre perdonador) es: «Entonces, **entrando en sí**, el hijo menor se dijo: “Me pondré en camino adonde está mi padre”...» (Lc 15,17). Es en su interioridad donde el menor de los hijos encuentra la memoria de cómo es la vida en la casa de su padre y dónde le nace el deseo de volver a ella. Y el que aparecía marcado por la muerte, inexistente y perdido, es encontrado y entra finalmente en la vida.

Se trata de una experiencia que desborda el ámbito de lo religioso y que una escritora no creyente expresa así: «A medida que envejeczo, voy valorando más y más el descubrimiento del propio lugar como medida de la madurez, como conquista fundamental de la sabiduría vital. Ese lugar no es un espacio público, es decir, no tiene nada que ver con el éxito social. Es un sitio interior, algo así como una ligereza en la ascensión de todas las capas de lo que uno es, aquellas que sé nombrar y aquellas para las que no tengo ni tendré nunca palabras. Es ese espacio íntimo desde el que no necesito preguntarme quién soy, ni representarme para los demás. Un lugar de serenidad probablemente inalcanzable, desde el que se deben entender los secretos de la muerte y de la vida»<sup>7</sup>.

Al final de la película de Adolfo Aristarain «Un lugar en el mundo», el hijo del protagonista recuerda algo que le había dicho su padre: «Cuando uno encuentra su lugar, ya no puede irse». Y al preguntarse cómo reconocerlo, se responde: «Supongo que me daré cuenta cuando esté en un lugar y no me pueda ir. Todavía tengo tiempo para encontrarlo».

Me tranquiliza saber que también tú estás a tiempo de encontrarlo; y ya sabes –no te lo he ocultado nunca– que espero con impaciente paciencia que ese lugar que reconozcas como «el tuyo» te permita entrar en contacto vital con Jesús, el Señor, y con su Evangelio, dentro de la comunidad eclesial. Y aunque ahora tengas que tantear muchos caminos, puedes estar segura de que ninguno te conducirá mejor a él que el hábito de vivir conectada con tu corazón. Porque es ahí donde *manan las fuentes de la vida* y el que te «avisa de la oportunidad más que siete centinelas en las almenas» (Pr 4,23; Eclo 37,13-14).

No podría encontrar mejores palabras que la de aquellos «abuel@s sabi@s» que dejaron escritos en la Biblia sus deseos para las generaciones siguientes.

Los míos para ti los he colgado ya en el techo del Pabellón de los Talismanes<sup>8</sup>.

1. *Tiempo de trascendencia. El ser humano como un proyecto infinito*, Sal Terrae, Santander 2002, pp. 35-36.

2. Cf. R. ENGLERT, «Les valeurs sacrées des hommes et les signes sacrés de l'Église»: *Lumen Vitae* 1994/4, p. 413.

3. Cf. P. THION, «Pour un chrétien, qu'est ce qui est sacré?»: *Lumen Vitae* 1994/4, p. 370.

4. *Antes del fin*, Seix Barral, Barcelona 1999, p. 12.

5. Karl RAHNER, *De la patience intellectuelle envers soi-même*, Paris 1990, p. 8. Citado por A. ZIELINSKI, «L'inquiétude religieuse aujourd'hui»: *Christus* 182, p. 144.

6. «Se estrella un automóvil, y el conductor emerge del desastre gimiendo: “¡Mi Mercedes... Mi Mercedes...” Alguien le dice: “Pero, señor, ¿qué le importa el auto? ¿No ve que ha perdido un brazo?” Y mirándose el muñón sangrante, el hombre llora: “¡Mi Rolex! ¡Mi Rolex!”» (E. GALEANO, *Patatas arriba. La escuela del mundo al revés*, Siglo XXI, México 2000, p. 260).

7. Rosa MONTERO, «En busca del lugar»: *El País Semanal*, 07.11.99.